

Cuando Juan Velasco escuchó al Presidente del Jurado, lo odió.

Se le disparó el odio de años, soterrado, impuro, lo sabía, quizá injusto porque había llovido tanto tiempo que ya no era casi ni momento de acordarse de nada, pero lo odió.

La mirada de Mamaneri encontró sus ojos.

Mamaneri entendía de sobra a Velasco. Quiso decirle con un gesto, pero Velasco no miraba turbio sino triste.

Mamaneri sabía de esa mirada; no la había visto muchas veces pero su aparición dictaba silencio y barajar. Juan se encerraba en su mutismo, cerraba puertas y había que esperar.

Aunque esta vez no era como cuando era pequeño y Mamaneri tenía que confortar sus lágrimas de colegio. Llegar a casa después de las tres calles (“y media”, decía Mamaneri, porque sabía que cruzaba a comprarle regaliz a Silvestre, aunque no le gustaba nada la anchura de aquella Avenida) envuelto en pucheros.

-Me llamó cuatro ojos.

-Mejor, niño; cuatro ojos ven más que dos. Y a él ni le sirven los suyos para ver más allá de sus narices.

-Dijo que Papá no quería a mamá porque se casó contigo.

-¿Y tú te lo crees?...

-No.

-Entonces, ¿qué importancia tiene que él diga tonterías?...

Mamaneri se había casado con el padre de Juan cuando éste tenía cinco años.

Juan no recordaba apenas a su madre, solo una vaguedad ambigua de hospital, batas blancas, y una mujer muy alta, delgada y rubia que siempre estaba dormida en una cama, rodeada de seres de blanco, que nunca abría los ojos, y que a él le daba miedo.

-Dale un beso a mamá, nene.- la monja, untuosa y de gelatina, insistía- dile cuánto la quieres.

Y él besaba al aire, precipitado y convulso ante el olor a medicina y alcohol.

Llevaba así dos años cuando murió después de lo que se conoce como “una larga enfermedad”, es decir, un cáncer asqueroso y triunfal que se la llevó al otro barrio con solo 31 años, dejando a su padre con un crío de cinco, triste y sin saber muy bien cómo manejarse.

Naturalmente, los abuelos, los padres de Guadalupe, no estaban para trotes, así que el primer año, Juan echó mano de su hermana, que al fin y al cabo vivía entonces cerca, para hacer algo con el crío.

Hasta que durante la exposición de sus cuadros en Laredo, Cantabria, conoció a Neri. De carnet oficial Nereida Blanc.

Era crítico de arte en un periódico regional.

Se casaron seis meses después y Juan empezó a saber lo que era que lo acunaran para dormir. Y nació Mamaneri. El nombre con que durante 30 años se la ha conocido por toda la familia y que le puso Juan.

-Tiene un coche rojo, y dice que su padre es teniente general.

-Sí, de los ejércitos de Flandes.

-Bueno, y ¿porqué papá no tiene un coche rojo?...

-Porque prefiere el tren. Y yo también.

Y él, eso era verdad. Y podían tener un coche rojo, pero no les daba la gana, preferían, como dijo Mamaneri, el tren, viajaban a Cantabria los veranos, y ella le enseñó a dibujar en la arena y a escuchar caracolas, y a pintar caballitos de mar.

En invierno iban de vez en cuando a Asturias. Luarca, Cudillero, Oviedo y Gijón. Seis, siete días, pellas en el colegio; no importaba, Mamaneri lo pillaba por banda a la vuelta:

- Vamos a adelantar lo que perdiste.

¿Cómo tendría tiempo para eso?, se preguntó multitud de veces, siendo crítico de arte, viajando los fines de semana, escribiendo artículos...por entonces no le chocaba ir con ella; quedarse “quietecito” en el hotel, y cuando ella volvía irse de paseo, jugar por las calles, tomar helados en verano o chocolate con churros en invierno...

Su padre participaba en aquello. A veces su propio trabajo, sus exposiciones, sus salidas, no les permitían viajar juntos, y en los hoteles las facturas de teléfono subían escandalosamente mientras ambos se contaban lo que después se volverían a contar cuando se vieran.

- Le han dado el premio al mejor poema.

Con doce años, Juan empezó a escribir versitos.

-Bueno, pues te lo hubieran dado a ti si te hubieras presentado.

-Pero si él se presentaba, no me lo iban a dar.

-¡Anda!, y ¿porqué no?...

-Porque él tiene enchufe con el Tutor.

-Eso no lo sabes; solo lo piensas.

-Si que lo sé, Mamaneri, que el día que nos castigaron a todos el se largó a casa.

-Porque estaba con gripe. A mí me hubiera sentado fatal que si estás con gripe no te dejen salir.

No había forma. Siempre, siempre le dejaba aquella sensación de justicia, de lo que era de ley, a pesar de que él lo odiara, de que se llevaran a matar, de que no pudiera con sus camisas de seda, con su jersey de terciopelo, con su dibujadita raya al costado. Le llamaban mariquita con saña, en un Madrid de fines de los setenta, donde fueron creciendo sin saber bien si terminaban o empezaban un ciclo hasta veinte años después.

Juan estudió audiovisuales en una Facultad de periodismo lastrada de pésimos profesores y dos cámaras de vídeo para cincuenta alumnos. En plena movida de los ochenta donde crecieron sin saber si la movida era de ellos o ellos crearon la movida. Para entonces publicaba poemas, ya no versitos, en una revista que hacían cuatro (Luna, Jaime, Sastre y él) en un bajo de la calle Maqueda, en Aluche. Y en la que participaban gentes –como decía Mamaneri que seguía ejerciendo de crítica de arte pero que se había jubilado de la galería, más que nada porque le era más descansado que la llevara Gema, la sobrina de su marido- “de tan mal vivir como nosotros”.

-Mamaneri no digas...si te gustamos mogollón.

-Mogollón, lo que se dice mogollón...no mucho, me gustáis bastante, me parece que os divertís, y mira, hijo, si os divertís, pues santo y bueno. Pero si imitáis a los dadaístas, al menos que no se note tanto...

Y se reía.

-No se puede tener una madre crítico de arte, joder. Qué desastrín...

Y se reía él.

De aquello salió un cuadernillo con setenta y cinco poemas que presentó para un premio de barrio donde quedó finalista y una publicación (lo que era el premio en sí) de trescientos ejemplares que compraron mayormente amigos y familia y que le dio, regaló mas bien, tres meses de popularidad en el quiosko de la esquina, la cafetería donde desayunaban y el local de arte y ensayo de Gil, que vendió los otros 75 que quedaban a hispanoamericanos bohemios, “artistazos” del tango nostálgico, nostálgicos también de Gardel, exiliados de medio pelo de Uruguay y Chile, huidos de las diversiones pinochetistas de asesinar opositores, y hasta un autor de teatro que había representado una obra alternativa en los bajos del cine cerrado desde los setenta, y que bajo la batuta o lo que fuera de Gil inventaban el mundo cada noche esperando que el mundo no los desinventara a ellos al amanecer.

- Es un buen poemario, aunque no ganara el primer premio.
- ¿Tú crees, Mamaneri?...
- Tendrás tiempo de premios y de otras cosas; no tengas prisa.

Cuando yo dejé la Galería me creía que iba a tener que apresurarme a escribir en todas partes, para que...bueno, para no caer en el olvido, para seguir haciendo lo que me gusta; luego me dí cuenta de que cuando corres tanto te sueles caer...

- Mamaneri, ¿tú nunca has sido impaciente?...

- Sí. Cuando conocí a tu padre...pero la suerte que tuve es que él no lo es y todo vino a su tiempo. Mira, yo estaba deseando saber quién eras tú, y papá no me dejó conocerte hasta que fue el momento oportuno.

- ¿Te acuerdas cuando me caí por las escaleras y me llevaste a urgencias y la idiota de la enfermera dijo que te quedaras fuera?...tuvo que salir a dejarte pasar porque no me dejaba tocar. Y el Gominolas dijo que yo lo había hecho aposta para no examinarme.

- Ya, que siempre fuiste un mimoso...y siempre corriendo, siempre apresurado...

Y le acaricia la cara como si tuviera trece años.

Entonces volvió a aparecer. En el tercer año de Facultad. El primer día de clase.

Se quedó pálido. No me jodas, este mamón...el guapito del colegio, el enchufado, el bien queda, el gominolas. Solo le faltaba allí; coño, en clase y en la Universidad.

-¿Qué te pasa, tío?.. Te has quedado pallá...

Karen lo mira sin entender nada.

-Que he visto un fantasma.

-Anda ya...

-¿Ves a ese guapito de ahí?... ¡no mujer!, el Chiribín, no, el de la ventana, el de la camisita estampada.

- Sí. ¿Que le pasa, hijo?...

-Que es un hijo de la grandísima puta, eso le pasa, y que no le veía hace la tira de años y ahora aparece aquí. Hay que joderse.

- ...Y viene a saludarme, el muy cabrón, “hola Velasco, ¿tú estudiando?...qué raro, con lo poco que te gustaba; qué bien encontrarnos, ya charlaremos, yo pensaba que habías dejado el instituto...”

- Bueno hijo, él creía que lo habías dejado, y hay que reconocer que estudiar lo que se dice estudiar, estudiabas poquito...

- ¡Joder, Mamaneri!... no le defiendas...

- No le defiendo, solo digo que os habéis llevado mal desde el colegio, y que lo que tú digas a él le sentará mal y al revés; aunque digas “la mesa es blanca”...y también te digo una cosa, Juan ...

Le miró por encima de las gafas, que llevaba hacía unos cinco años, y se puso “sería”...

Mamaneri no solía “ponerse seria” pero alguna que otra vez le había dado un revolcón en las ideas que lo había dejado pensando. Sí, pensando, porque ella nunca le regañaba, ni le castigó una sola vez, pero siempre le razonaba...y eso era como tener alguien tan insobornable en temas de lealtad, de justicia, de nobleza, y más por el ejemplo que por lo que decía, que Juan no lo olvidaba nunca.

-Dime...a ver...

-No te puedes pasar la vida odiando a alguien solo porque te hace sentir culpable de algo que no eres, o de lo que no hay que sentirse culpable por ello...

-¿Que este mamón me hace a mí sentir culpable de algo?...

- Sí, hijo, parece mentira que todavía, con lo que tú razones y piensas, y con lo inteligente que eres desde pequeño no te hayas dado cuenta.

-Pero, qué dices... ¿De qué?...

-De quererme a mí más que a tu madre, Juan . Llevas toda la vida pensando que haces muy mal en quererme más que a tu madre, que no debería ser así, y que eso es traicionarla. Y te equivocas. Te equivocas porque tu madre murió con cinco añitos tuyos, porque eras un bebé y porque a ti tu mamá lo que te daba es miedo cuando ibas al hospital. Cada vez que este chico hablaba contigo sacaba el tema de tu casa, de la suya, de su madre, de su papá que tenía un coche rojo y tú no, bueno, y tú entonces pensabas que lo mismo si tu madre fuera tu madre y no yo, papá tendría un coche rojo, que en vez de ir a Laredo iríais a Cádiz, porque nació allí pero que todo eso en vez de gustarte no te gustaba nada y que preferías a Mamaneri en vez de aquella señora llena de tubos que te asustaba tanto. Y eso, hijo, te hacía sentir culpable, y de paso odiar a esta pobre criatura, que no te digo que no sea un poquito tonto, pero que lo mismo lo único que le pasaba y le pasa es que es un acomplejado porque sus padres no son ni la mitad de inteligentes que los tuyos y él desde luego no te llega a la suela del zapato.

Y como había soltado la parrafada sin respirar, Mamaneri se atraganta y le da la tos.

-Anda, acércame la camisa, que no termino de planchar ni de broma hoy y todavía tengo que ir al periódico.

De esa conversación habían pasado años.

Juan terminó audiovisuales, estuvo un par de años en una emisora de radio alternativa donde le pagaban mal y tarde y donde se divertía muchísimo, repartió propaganda por las tardes para completar sueldo, presentó un proyecto de investigación en el departamento de Teoría de la Comunicación por el que le dieron una beca y estuvo dos años en Hannover, más que aprendiendo alemán, entrando en museos, conferencias en las que no entendía gran cosa, y también-todo hay que decirlo- cafés concierto, salas de jazz y tertulias (de españoles) donde se leía a Carlitos Bousoño, Carlos Marzal y algunos otros iconoclastas, y cuando regresó a España se encontró con un poemario de trescientos poemas con sentido aunque no tuvieran sentido, es decir, con significado pero sin estructura, con un trabajo en el departamento de relaciones públicas de una editorial no muy grande pero sí digna y con Mamaneri con 70 años, dispuesta a jubilarse y descansar de una vez del ajetreo, al tiempo que con su padre, que además de estar quedando algo sordo seguía con la humorada de ir a Laredo en tren.

Dedicó el verano a pulir los poemas, a organizarlos, a quitar, a calibrar, en fin a situarlos para intentar su publicación.

Y en otoño se convocó el Premio.

El Premio era uno de los que entonces pasaban por más significativos de Poesía.

Con la sensación del ahora o nunca, del poder estar llegando a ser lo que quería ser, escritor, de posibilidad de puertas abiertas, se lo dejó a Mamaneri.

-Lo lees y me dices si me presento.

No durmió casi hasta que a la mañana siguiente se encontró con los ojos de ella mirándole despertar de un sueño inquieto.

- Es lo mejor que has escrito. Preséntate. Puedes ganar el premio, Juan, y si no lo ganas quien lo lea te va a ofrecer publicarlo con el tiempo.

Y ahora, cuando ha oído su nombre al Presidente del Jurado, cuando la sala en pie ovaciona al Joven Poeta, cuando le llueven felicitaciones, y hasta Gil, Luna, Jaime y Sastre- años de tiempo que no los veía- están aplaudiendo y gesticulando, Juan odia al Presidente del Jurado.

Solo Mamaneri sabe que ayer se enteró de que el poemario de “Gominolas” se rechazó porque solo se aceptan poemarios de poetas vivos en el momento del fallo, y Gominolas se había matado hace tres días en una estúpida carretera de Cádiz.

Donde él no iría jamás aunque no podría nunca más odiar ni a Gominolas ni a las batas blancas que cuidaban a una mujer rubia que decían que era su madre cuando él era pequeño.

Se levantó y fue hacia ella.

- Espero que él sea capaz de perdonarme tanto equívoco...
Después, se dejó envolver por los amigos, las felicitaciones y la mirada cálida de su madre...